



1 de febrero de 1891

Antes de la cuaresma Los gemidos del Espíritu Santo en nuestras almas.

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hermanas,

Se me ha pedido que les hable sobre los gemidos del Espíritu Santo en el interior de nuestras almas¹. Este tema es muy oportuno ahora que nos disponemos a entrar en un tiempo de mayor recogimiento con la santa Cuarentena. Es un tiempo en el que debemos dedicarnos más a la oración, al recogimiento, a la vida interior. No realizaremos grandes austeridades; pocas se distinguirán por vigiliias y ayunos. Por eso, debemos suplirlo con la oración y el recogimiento y procurar que la Cuaresma sea un tiempo en el que estemos más bajo la acción del Espíritu Santo.

¿Por qué la Iglesia habla de *los gemidos inefables del Espíritu Santo dentro de nosotros*² ?

La razón es sencilla y fácil de entender si recordamos que hemos sido hechos templos del Espíritu Santo, de la tercera persona de la Santísima Trinidad, que es el Amor del Padre y del Hijo. ¿Qué debe sentir en el interior de nuestras almas y cuáles serán sus gemidos al ver la profunda miseria en la que vivimos? ¿Dónde ha tenido el Espíritu Santo una morada verdaderamente digna de Él? La tuvo en el alma de Nuestro Señor, en la de la Santísima Virgen, quizá en la de algunos santos fieles a todas sus inspiraciones. Pero ¿y en nosotros?

Quisiera que cada una examinara cuántas miserias hay en su alma: la búsqueda de cosas pequeñas y bajas, sentimientos poco dignos de una gracia tan grande como la presencia del Espíritu Santo en nosotros. Quién de ustedes se atrevería a decir: “El Espíritu Santo puede complacerse en mi alma; esta divina paloma solo encuentra en mí sentimientos humildes, fervorosos, caridad perfecta, nada de lo que pueda herir, ni alejar o resultar penoso”

No, no serían sinceras si dijeran eso. Todas sabemos bien que cada una llevamos dentro ya sea el orgullo, amor propio, susceptibilidad, o cobardía, búsqueda de nosotras mismas u otras muchas imperfecciones; todo eso nos hace indignas de ser templo del Espíritu Santo.

Por eso el Espíritu Santo gime por nosotras ante el trono de Dios. Pide que seamos una morada más digna de Él, que lleguemos a ser lo que un día seremos en el cielo, cuando estemos completamente purificadas. Esta purificación puede ser larga; quizá sea necesario un largo purgatorio para desprendernos totalmente de nosotras mismas y alcanzar la pureza sin mancha que agrada plenamente a Dios.

La purificación es el primer punto; pero hay un segundo, porque si por un lado quiere purificarnos ¿no creéis que el Espíritu Santo, que es una llama pura y ardiente, no desea algo más? Seguro que sí. Además de la purificación que quita las imperfecciones, desea también nuestro crecimiento en las virtudes porque una religiosa no debe mirarse solo desde sus faltas, sino también desde el progreso en las virtudes.

¹ Petición hecha por la madre Claire-Emmanuel

² Rm. 8, 26

Si os parece, veamos las virtudes contrarias a los siete pecados capitales. ¿Podría decir alguna de vosotras: “el Espíritu Santo tiene motivos para alegrarse de la humildad que encuentra en mí, de mi valentía, de mi generosidad, ¿o de mis ardientes deseos de ser humillada”?

Pensemos también en las virtudes religiosas. La pobreza es también una virtud que tiene grados ascendentes: algunas personas pueden vivir el desprendimiento o la pobreza a un nivel más profundo que otras. El Espíritu Santo desea la pobreza más perfecta. Lo mismo sucede con la obediencia: después de cumplir el voto, comienza la verdadera virtud, que tiene muchos grados. Y la castidad: no solo la que evita el pecado voluntario, sino la pureza del corazón, que hace al alma transparente como un cristal por el que puede pasar la luz del Espíritu Santo; la pureza de intención y de acción, que hace que solo se vea a Dios, que solo se le busque a Él.

He hablado de pobreza, castidad y obediencia porque son virtudes propias de la vida religiosa. Y ahí ¿cómo actúa el Espíritu Santo en nosotras? ¿cómo nos situamos al respecto? ¿Puede querer otra cosa en nosotros que no sea el crecimiento de estas virtudes?

Pensemos también en la paciencia. ¡Cuánto espera el Espíritu Santo de nuestras actitudes y actos de paciencia! Algunas hermanas son más probadas en este aspecto: contradicciones, dificultades, cansancios. Quien se dedica a educar niños sabe bien que eso implica sufrimiento. ¿Cómo es nuestra paciencia? ¿En qué se manifiesta?

En el Evangelio de hoy Nuestro Señor nos dice que *el grano que cae en tierra buena da fruto gracias a la paciencia*³. Entonces ¿cómo es la nuestra? Como he contado ya alguna vez, Urbano II, al entrar en un monasterio de religiosos decía: “Les predicaré la paciencia; no hay virtud más necesaria para los religiosos”. ¿En qué grado somos pacientes?

Paciencia viene de *pati*, sufrir. Hay que sufrir por todo: por el propio carácter, por el propio humor, por la salud, por las dificultades en la oración, por ciertas penas y sequedades, por las tentaciones. Así se aprende a ser paciente. Santa Catalina de Siena, tras una fuerte tentación que la había asaltado, decía a Nuestro Señor: “¿Dónde estabas durante todo este tiempo?” — “Estaba en el fondo de tu corazón, viendo tus combates y dándote la victoria.” Así también las vírgenes mártires: ¡cómo combatieron con valentía! Santa Inés murió por la espada, pero antes pasó por el fuego y por toda clase de peligros; todo fue permitido y probado contra ella, y venció, siempre paciente, llena de fe y de confianza en Dios.

Con mi pobre entendimiento, esto es lo que comprendo de los gemidos del Espíritu Santo: Él gime a causa de nuestras imperfecciones. Un autor que apreció decía: “*El cristiano es como una vela encendida: la cera es el cuerpo, la mecha es el alma y la luz es el Espíritu Santo*”. ¿Qué hay más unido que la luz y la vela encendida? La luz se nutre y vive de ella. Así, el Espíritu Santo habita en nosotras de un modo admirable.

Somos el *templo de Dios*, dice la Regla de san Agustín citando a San Pablo⁴. ¿Qué más podemos desear? Es necesario unirnos al Espíritu Santo en sus gemidos por nuestras imperfecciones, reducirlas y desear sinceramente las virtudes que el Espíritu Santo nos inspira. Todos los santos lo fueron porque siguieron fielmente las inspiraciones del Espíritu Santo.

La Santísima Virgen es tan grande porque recibió todas las gracias del Espíritu Santo con una fidelidad admirable; correspondía a todas, y la gracia volvía a ella duplicada, triplicada, cuádruplicada; sin medida. La gracia también viene a nosotros de muchas formas: bajo la forma de contradicciones, humillaciones, reproches, sufrimientos. No hay sufrimiento que no sea una gracia. La cuestión es: ¿cómo la recibimos? ¿Con humildad, paciencia y abandono en la voluntad de Dios?

Eso es lo que debemos buscar para ser dignas de la presencia del Espíritu Santo en nosotras. También debemos amar a Dios por medio del Espíritu Santo y eso es algo inteligente y noble, porque Él, que es el Amor del Padre y del Hijo, nos da un amor mucho más perfecto, grande y santo que el nuestro.

³ Lc, 8,15

⁴ 1Cor 3,16

Debemos también corresponder al Espíritu Santo siendo fieles a sus inspiraciones, sensibles a sus toques. Las almas muy avanzadas perciben con delicadeza esos toques y responden con fe, esperanza y amor; así se hacen instrumentos dóciles. Si una hermana música tocara una tecla del piano y ésta no respondiera, ¿qué haría? Sin embargo, el Espíritu Santo nos toca en lo más profundo del alma y muchas veces no respondemos.

El padre Lacordaire dice que hay un secreto del alma que Dios se ha reservado. Él, que conoce el alma porque la creó, vuelve a tocar ese fondo íntimo para hacer brotar la santificación. Esa es nuestra historia. Dios siempre está dispuesto a obrar poniendo su mano en lo más profundo de nuestras almas para hacer brotar la santificación. ¿Por qué no nos santificamos? Por nosotras mismas. En todos los retiros se nos dice: el obstáculo somos nosotras, nuestro amor propio, nuestras búsquedas, nuestra personalidad, nuestro pequeño honor, nuestras pequeñas voluntades. Si entregáramos todo eso generosamente al Señor, el Espíritu Santo sería el dueño y haría en nosotras todo lo que quisiera.